

El refugio de la teoría

■ Por Mercedes Rovira ■

Doctora en Filosofía, Universidad de Navarra; máster en Artes Liberales (Filosofía y Ciencias de la Educación), Universidad de Navarra; profesora de Antropología y de Ética, Universidad de Montevideo.

Las investigaciones y los estudios teóricos, ¿a quiénes aportan valor? En las motivaciones y los objetivos que persiguen estos estudios se halla la respuesta, y no siempre es la que uno espera...

Me interesa escribir sobre este tema, aun sabiendo que algunas personas nos encontramos en un dilema cuando pensamos sobre esto. Por un lado, puede ser que nuestra formación de base sea sumamente abstracta y que hayamos afirmado muchas veces, con convencimiento, que “nada hay más práctico que una buena teoría” (frase que es lugar común para muchos académicos). Por otra parte, nos choca y rebela que —tantas veces— se dedique tiempo, energías, dinero, prestigio y honores a un tipo de estudios científicos que no se sabe a qué conducen. ¿Para qué sirven?, se preguntan los neófitos; y sabemos bien la respuesta: “para ampliar el conocimiento”.

Es como si la única gimnasia que tuviera que hacer nuestra inteligencia fuera ejercitar el conocimiento por el conocimiento en sí. ¿Será la ciencia la mejor manera de utilizar nuestra inteligencia? Porque está claro que, la única, no lo es. Sin ir más lejos, valga el ejemplo de los políticos que necesitan utilizarla para crear símbolos que arrastren a la gente.

Nos choca y rebela que se dedique tiempo, energías, dinero, prestigio y honores a un tipo de estudios científicos que no se sabe a qué conducen.

LA CIENCIA, LO HUMANO Y LA BARBARIE

Es evidente que grandes áreas de la ciencia son utilísimas; eso no es discutible. No es a los avances científicos

que mejoran nuestras condiciones de vida, de salud, de progreso entendido como desarrollo humano a lo que nos queremos referir, sino al avance del conocimiento como una carrera que no sabe hacia dónde se dirige. Como la flecha que se lanza al aire, diría Ortega, y ella misma va en busca de su blanco.

Ese ejercicio mental puede ser engañoso: las modas de los avances científicos que se mueven en el borde del precipicio de lo humano, de lo ético, ¿son verdadero progreso?, ¿son avances? O, manteniendo la metáfora, ¿cómo decidir dar un paso al frente... precisamente del abismo? Comparación por la que el escritor francés Drieu la Rochelle se atreve a afirmar que “la extrema civilización engendra la extrema barbarie”.

Son múltiples los ejemplos que vienen automáticamente a la mente: desde la utilización de la vida humana para experimentos inhumanos, como la destrucción psíquica por abuso de lo tecnológico, pasando por el dominio irresponsable de los bienes naturales y un largo etcétera. Pero no es la intención de estas líneas detenerse en ellos, sino en un estadio anterior a estas consecuencias: ¿por qué se llega a usar tan mal de algo tan bueno como es la inteligencia?

LAS DIFICULTADES DEL SENTIDO COMÚN

Ya hace unos cuantos años que oí por primera vez algo sorprendente, en ese momento, para

¿Por qué se llega a usar tan mal de algo tan bueno como es la inteligencia?

mis oídos: “ahora hay que hacer tesis —doctorales— de lo evidente”. La afirmación venía de una persona muy respetable, autoridad académica, a la que admiraba. Aquello me quedó dando vueltas y vueltas en la cabeza. Aunque lo oí a alguien que, haciendo referencia a esa reflexión, se tomaba a broma la decadencia académica a la que habíamos llegado, para mí fue un golpe que dejó mella. ¿Qué podía leerse detrás de aquella afirmación? Que asumimos estar inmersos en una cultura que da la espalda al sentido común, que menosprecia lo que “nos es dado por naturaleza”, que utiliza el instrumento de la inteligencia como quien usa un cuchillo para desenroscar un tornillo o un zapato para martillar un clavo.

“Lo que se muestra —lo evidente— no se demuestra”, había repetido cientos de veces a mis alumnos, con el convencimiento de que así los estaba librando de la locura de querer razonarlo todo, de pasar por el filtro de la inteligencia lo que basta con captarlo por los sentidos; es decir, lo evidente. Con unos pocos textos de algunos filósofos bastaba para hacer ver que el camino de la desconfianza sistemática en la evidencia, y de ahí al temor del limitado alcance de la razón, solo conduce a un terreno arenoso donde poca solidez puede edificarse.

El otro peligro, o manifestación del refugio de la teoría, es meterse en la ciencia que uno estudia a modo de cueva; analizando, analizando, sabiendo descubrir nuevos elementos y leyendo en la oscuridad.

Hoy, ese mar de relativismo en el que flotamos, ya no nos sorprende. Ni siquiera nos atrevemos a hablar de sentido común porque antes habría que analizar concienzudamente por qué es “común”. Me gustaría contestar, a los que todo lo

cuestionan, con una sencilla afirmación de Einstein: “el sentido común es una colección de prejuicios adquiridos a los dieciocho años”. Y completar que es corriente derrapar en el terreno discursivo cuando esas bases tan normales de la antropología se abandonan, se ven sometidas a interminables cuestionamientos en los que la razón pierde el norte, como quien pierde pie en un mar ajetreado por las olas. También es Einstein quien se atreve con la respuesta: “la mayor parte de los errores en filosofía y en lógica ocurren porque la mente humana puede confundir el símbolo con la realidad”. Hoy, que vivimos en torno a la tecnología, esto es más común aún que en su época, y podría afirmarse de todas las áreas, no solo de la filosofía.

MUNDOS ACOTADOS

El otro peligro, o manifestación del refugio de la teoría, es meterse en la ciencia que uno estudia a modo de cueva. Analizando, analizando, sabiendo descubrir nuevos elementos y leyendo en la oscuridad —como cuando en la cueva o en la noche los ojos agudizan su visión— pero sin esperanza o estímulo para salir de ese minúsculo reducto. Uno se asombra de mentes brillantes que reducen su mundo al de su ciencia. Y no se sienten mal por eso; al contrario, hacen crecer ese mundo a sus ojos y a los de sus colegas, que comparten “la cueva”, y la hacen cada vez más intrincada para otros.

A los de fuera, que poco entienden del lenguaje, fórmulas, símbolos de esa ciencia, sí que les hace falta una buena dosis de sentido común para —respetando esa ciencia como se merece— ubicarla en un mundo más global. “La claridad es la cortesía del filósofo”, recordaba Ortega, y bien puede aplicarse a otras ciencias que también tienden a encerrarse en cuevas con dialectos propios.

¿Qué es lo que está pasando? Son gente inteligente, a veces mentes privilegiadas, pero, ¿por qué no logran ubicar sus conocimientos en un contexto más universal? Si al menos les inquietara llevar sus conclusiones al terreno de la práctica, a la mejora de

Si al menos les inquietara llevar sus conclusiones al terreno de la práctica, a la mejora de las leyes, de la distribución de los recursos, eso ya los haría aterrizar en los verdaderos problemas y haría de su ciencia algo muy útil.

efecto de la burocracia, por ejemplo? O, simplemente, ¿es que su afán no es mejorar nada, sino mirarse a sí mismos y a sus colegas en el espejo de la autocomplacencia?

Hace unos días una persona comentaba perpleja la respuesta de un destacado profesor en un país del hemisferio norte. Tuvo el privilegio de asistir

Cuando se trata de conocimientos en los que el factor económico es central, la desviación del sentido común y del equilibrio me parece que se acentúan.

qué hacemos esto?, ¿por qué trabajamos esforzadamente en este asunto?”. A su pregunta retórica, él mismo se contestó: “porque queremos ser famosos”. En ese momento, la persona que me lo contaba, joven aún, no sabía si el prestigioso profesor —al que habían esperado con tanta expectativa— hablaba en serio o desvariaba. Lo malo es que sí: ¡hablaba en serio! Y los oyentes igual lo aplaudían, mansamente, sumándose como corderos al gremio de los autobombos. Ningún afán de salir de la cueva.

las leyes, de la distribución de los recursos, eso ya los haría aterrizar en los verdaderos problemas y haría de su ciencia algo muy útil. Pero, lamentablemente, esto no sucede en muchísimos casos. ¿Se han vuelto escépticos y cínicos por haberlo intentado y no lograr nada por

no lograr nada por efecto de la burocracia, por ejemplo? O, simplemente, ¿es que su afán no es mejorar nada, sino mirarse a sí mismos y a sus colegas en el espejo de la autocomplacencia?

a una clase de postgrado con el número uno del mundo en un área de economía de vital importancia para el desarrollo. Después de exponer su teoría, muy aplaudida por el selecto público presente, preguntó: “¿y por

Cuando se trata de conocimientos en los que el factor económico es central, la desviación del sentido común y del equilibrio me parece que se acentúan. Es como si la idolatría del dinero se convirtiera en algo no solo lícito, sino lo que más justifica cualquier otra cosa: trabajo extenuante, viajes constantes, sacrificar familia o lealtades... dan ganas de gritarles que la economía es fundamental como medio, pero no como fin de la vida humana. Que la humanidad se tiene que servir de la riqueza —y para eso ellos son los artífices que mejor pueden colaborar— pero no ser gobernada por ella. Otra vez es Einstein quien llama la atención ante estos desvíos: “caracteriza, en mi opinión, a nuestra época la perfección de medios y la confusión de fines”.

EN BÚSQUEDA DEL EQUILIBRIO

Necesitamos teorías científicas, modelos económicos, reflexión sobre las bases antropológicas del comportamiento humano... y necesitamos la aplicación de todo ello. Porque, en palabras de William James, “las teorías son instrumentos, no respuestas a enigmas en las que podemos descansar”. Se requiere sensatez (el sentido común con el que comenzamos este artículo), afán de avanzar en el desarrollo de lo humano y no solo progresar en el conocimiento por la adrenalina del desafío en sí o el lucimiento personal. Me viene a la cabeza una de las agudas afirmaciones de Ortega y Gasset: “la vanidad es un residuo de infantilismo en la madurez”, haciendo referencia a tantos supuestos científicos de todas las áreas que logran una regresión de su ciencia por el culto que se rinden a sí mismos en lugar de servir con sus conocimientos.

Visión abierta al mundo y capacidad de autocrítica, para —llegado el momento— saber dejar de lado teorías o fórmulas que no conducen a ninguna parte. Es divertido cómo el Premio Nobel de Física, Feynman, hace referencia a lo que cuesta ese desprendimiento: “uno se prenda de una teoría como de una mujer. Cuando se conocen sus defectos ya se está demasiado enamorado para alejarse de ella”.

A los muy teóricos no les viene mal reflexionar mínimamente en la utilidad de sus investigaciones. Probar una hipótesis, y que esta no tenga utilidad en la práctica, ¿para qué sirve?

Como colofón, aunque no suponga un gran aporte, diremos que a los muy teóricos no les viene mal reflexionar mínimamente en la utilidad de sus investigaciones. Probar una hipótesis, y que esta no tenga utilidad en la práctica, ¿para qué

sirve? Acaparar los datos recogidos minuciosamente en bases de datos difíciles de obtener, hacer estudios sobre ellos, mantenerlos en un reducido coto de "especialistas", y no difundir resultados que podrían solucionar problemas sociales —a veces para, justamente, no crearse problemas personales— resulta de un egoísmo miope impropio de gente inteligente.

Hace falta, también, saber mirar lo que uno estudia con tanto afán como desde fuera, con la visión abierta de la que hablamos más arriba, para facilitar que se adquiriera mayor visión de conjunto. Así también es más posible advertir los peligros de maniobras interesadas por parte de terceros. Es interesante lo que el escritor francés Edgar Morin responde en una entrevista sobre este asunto: "la ciencia es incapaz de concebirse científicamente a sí misma, incapaz de concebir su poder de manipulación y su manipulación por los poderes".

No querría cerrar estas líneas, en pleno verano y de vacaciones, con mensajes sombríos o reflexiones negativas. Por eso me inclino por mirar hacia la vida como los románticos y dejarle a Goethe la última cita de un pasaje de su Fausto: "toda teoría es gris, querido amigo, y verde es el dorado árbol de la vida".

SOLUCIONES GRÁFICAS DE PELÍCULA

Más de 100 años de trayectoria
atención personalizada y tecnología de punta para imprimir
proyectos con resultados superiores



LIBROS / REVISTAS / CATÁLOGOS / FOLLETOS / PACKAGING



www.graficamosca.com
mosca@graficamosca.com
Tel.: 2408 3049*
Guayabos 1672 - Montevideo